

### Día de colada.

Todo se movía a mi alrededor. El agua jabonosa lo inundaba todo, cegándonos y haciéndonos chocar los unos con los otros en el reducido espacio en el que nos hallábamos girando sin control. Aunque no era la primera vez que sufría esa tortura, nunca llegaría a acostumbrarme. Mi mareo llegaba ya a niveles insospechados cuando el Girador paró. Casi inmediatamente, la compuerta se abrió, aligerando la presión que reinaba dentro de la máquina y comenzaron a sacarnos a puñados sin ningún cuidado. Mis amigos fueron separados de mi lado y en poco tiempo me quedé solo.

Al cabo de un rato, me di cuenta de que nadie vendría a buscarme. Ya recuperado del mareo, comencé a pensar en compañeros míos a los que había dejado de ver a lo largo de los años. Un día estaban y al siguiente ya no y no volvía a verlos, por lo menos ninguno había vuelto todavía aunque seguía conservando la esperanza, sobretodo porque en aquel momento eso era lo que me había pasado a mí. El amo había llamado a esos compañeros “perdidos” y su progenitora se había enfadado mucho con él. Como siempre estaba gritando al amo y era la que nos metía en el Girador, nosotros la llamábamos la Gran Mandona. Incluso en verano nos colgaba de una cuerda al sol hasta estar al borde de la deshidratación. No le teníamos mucho aprecio.

Mientras pensaba en la Gran Mandona no pude evitar acordarme de mi mejor amigo, que la odiaba. Él sufriría las consecuencias de que me hubiera “perdido”. El amo dejaría de usarlo como había ocurrido con otros de mi tipo. Cuando uno de los mejores amigos desaparecía, el otro restante quedaba en desuso. Si no conseguía volver pronto el amo se entristecería. Le encantaban nuestras rayas de distintos colores y nosotros se lo agradecíamos calentándole los pies en el frío invierno. Éramos sus favoritos.

Mientras pensaba en aquellas cosas de mi vida diaria, me di cuenta de lo solo que me sentía allí, abandonado en el frío suelo del Girador. ¿Era así como se habían sentido mis compañeros “perdidos”? La soledad me abrumaba mientras la luz proveniente de la compuerta de la máquina iluminaba mis coloridas rayas. ¿Qué pasaría conmigo? ¿Vendría alguien a buscarme al notar mi ausencia? Mi única esperanza era que la Gran Mandona viera que mi mejor amigo estaba solo y me recogiera, lo que parecía poco probable así que me resigné a permanecer para siempre en el suelo del Girador. Nunca volvería a estar hecho una pelota con mi compañero en el cajón que teníamos por casa, ni a proteger a mi amo del frío en el invierno, ni a ver a mis queridos amigos, ni siquiera a colgar de las cuerdas en verano.

Estaba tan ocupado siguiendo esa sombría línea de pensamientos, que no caí en la cuenta de que la Gran Mandona tendría que volver a someter a la tortura del Girador a mis otros compañeros en algún momento de mi futuro inmediato. Y efectivamente, la compuerta de cristal se abrió un rato después dando paso a la cara de la progenitora de mi amo escrutando el interior de la máquina, y encontrándome. Nunca me había alegrado tanto de ver la cara de esa persona que, de aquel momento en adelante, se convertiría en una de las más apreciadas por mí.

Copia 5

Mi salvadora –nunca volvería a llamarla la Gran Mandona- alargó un brazo hacia mí y me agarró sacándome del Girador. Me llevó a la habitación de mi amo mientras yo respiraba de alivio. La felicidad me embargó cuando se abrió el cajón al que yo llamaba hogar y vi a mi mejor amigo, solo sobre una montaña de otros muchos de mi tipo.

Hecho una pelota con mi compañero y a salvo ya de que la progenitora nos oyera todos me preguntaron dónde había estado y yo, inmensamente contento y ante la sorpresa de todos, contesté:

-Estuve “perdido”.

CAMINO SOBRADILLO DE LA CRUZ